



Ra Ximhai

ISSN: 1665-0441

raximhai@uaim.edu.mx

Universidad Autónoma Indígena de México

México

Landini, Fernando; Murtagh, Sofía

Prácticas de extensión rural y vínculos conflictivos entre saberes locales y conocimientos técnicos.

Contribuciones desde un estudio de caso realizado en la provincia de Formosa (Argentina)

Ra Ximhai, vol. 7, núm. 2, mayo-agosto, 2011, pp. 263-279

Universidad Autónoma Indígena de México

El Fuerte, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46119239010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PRÁCTICAS DE EXTENSIÓN RURAL Y VÍNCULOS CONFLICTIVOS ENTRE SABERES LOCALES Y CONOCIMIENTOS TÉCNICOS. Contribuciones desde un estudio de caso realizado en la provincia de Formosa (Argentina)

RURAL EXTENSION PRACTICES AND CONFLICTIVE RELATIONS BETWEEN LOCAL AND TECHNICAL KNOWLEDGES. Contributions from a study case performed in the province of Formosa (Argentina)

Fernando Landini¹ y Sofía Murtagh²

¹Docente e investigador de la cátedra ‘Estrategias de Intervención Comunitaria’ de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Lic. en Psicología (UBA), magíster en Desarrollo Rural (Universidad Politécnica de Madrid). ² Becaria Doctoral del CONICET. Lic. en Psicología (UBA). Docente investigadora de la cátedra de ‘Estrategias de Intervención Comunitaria’ de la Facultad de Psicología de la UBA.

RESUMEN

Las prácticas de extensión rural constituyen uno de los elementos modulares de distintos programas y proyectos de desarrollo rural orientados a pequeños productores agropecuarios. Pese a la importancia de estas iniciativas y a la clara influencia de la dimensión psicosocial en su recorrido, llama la atención que la psicología haya realizado escasas contribuciones a esta área temática. Con la finalidad de aportar al desarrollo de esta materia, se llevó a cabo un estudio de caso en la provincia de Formosa (Argentina), el cual incluyó observación participante y toma de entrevistas a pequeños productores.

A partir de la investigación realizada se identificó la importancia de estudiar el vínculo que se establece entre profesionales y campesinos en el marco de iniciativas y proyectos de desarrollo rural. De este modo, en el presente artículo se analizan tanto el tipo de conocimientos que poseen extensionistas y pequeños productores como las diferencias y complementariedades que existen entre ambos saberes, los cuales parten de sujetos con distintas cosmovisiones. Al mismo tiempo, haciendo énfasis en la perspectiva de los campesinos entrevistados, se describen las distintas reacciones que surgen frente a los conocimientos de los técnicos y las expectativas existentes en torno al rol del extensionista en las prácticas de extensión rural.

Finalmente, se destaca la importancia de que las prácticas de extensión rural partan de las necesidades y problemas sentidos de los productores, valorando y tomando en cuenta sus saberes. Al mismo tiempo, a nivel del vínculo interpersonal, se enfatiza en la necesidad de que los procesos de extensión se funden en relaciones dialógicas de reconocimiento y respeto entre ambos actores. Por último, se resalta la importancia de que los extensionistas, además de poseer conocimientos técnicos, cuenten con un conjunto de capacidades y habilidades interpersonales que permitan maximizar el impacto de sus acciones.

Palabras clave: Psicología, Desarrollo Rural, Campesinado, Diálogo.

SUMMARY

Rural extension practices are one of the core elements of various programs and projects of rural development

oriented to small farmers. Despite the importance of these initiatives and the clear influence of the psychosocial dimension in its course, calls attention that psychology has made few contributions to these issues. Thus, in order to explore these matters, a case study was conducted in Formosa province (Argentina), which included participant observation and interviews to smallholders.

Based on this research it was identified the importance of studying the relationship established between small farmers and professionals within the framework of rural development projects. Therefore, this article examines both the type of knowledge that professionals and smallholders have, and the differences and complementarities that exist between them. At the same time, emphasizing on the perspective of the farmers interviewed, different reactions arising against technical knowledge and the expectancies about the role of professionals in rural practices are described.

Finally, this paper also shows up the need of basing rural extension practices on small farmer needs and perceived problems, appreciating and taking into account their know-how. It also emphasizes the importance of establishing interpersonal relationships on dialogue, recognition and respect between both actors. Considering the above, it is concluded that in addition to possessing technical skills, extension professionals should have a set of interpersonal skills to maximize the impact of their actions.

Keywords: Psychology, Rural Development, Peasantry, Dialogue.

INTRODUCCIÓN

Gran parte de los proyectos de desarrollo rural que tienen por beneficiarios a pequeños productores agropecuarios, se caracterizan por tener una estructura relativamente común. En efecto, los mismos suelen proveer créditos o subsidios destinados a capitalizar las explotaciones agropecuarias, brindar asistencia técnica para acercar conocimientos productivos modernos y proponer iniciativas de tipo grupal o asociativo con el fin de aumentar la escala de la

producción y maximizar los beneficios de los recursos disponibles. En este sentido, se observa que la extensión rural, en tanto la modalidad destinada a potenciar los conocimientos y mejorar las estrategias de trabajo de los productores, queda ubicada en un lugar privilegiado a la hora de pensar en iniciativas, procesos y proyectos de desarrollo rural destinados a pequeños productores agropecuarios.

Los extensionistas que trabajan con campesinos, pese a sus esfuerzos y buenas intenciones, muchas veces destacan las dificultades que encuentran para que los productores se apropien de los conocimientos, prácticas e implementos que se les proponen en el contexto de estas iniciativas. Tradicionalmente, estas dificultades han sido pensadas en términos de resistencia al cambio. No obstante, contra la visión transferencista de la extensión rural, basada en la comunicación unidireccional de conocimientos del profesional al productor, en los años 60' y 70' surgió una propuesta alternativa que comenzó a pensar este proceso como un diálogo de saberes y no como la imposición de la perspectiva de un actor a otro (Freire, 1973). Llamativamente, este cambio de enfoque no parece haber generado una línea de investigación que aborde, desde la psicología, el proceso de intercambio de saberes entre ambos actores desde una perspectiva que tome en cuenta la dinámica del vínculo y no sólo las razones de la supuesta falta de adopción de tecnologías y prácticas pretendidamente ‘superiores’ que provee el profesional.

Así, con el fin de pensar alternativas para dinamizar y enriquecer el trabajo conjunto entre profesionales y pequeños productores en el contexto de las prácticas de extensión rural, en este trabajo se presentan los resultados de una investigación más amplia que permitió aportar a la comprensión de ciertos aspectos clave de la relación entre saberes locales y conocimientos técnicos, a partir de un estudio de caso realizado en un paraje ubicado en la región noreste de la Argentina. Concretamente, en este artículo se describen las áreas de saber diferenciadas que poseen técnicos y productores, los contrastes percibidos entre ambos tipos de conocimiento,

las reacciones posibles frente al saber de los profesionales, las expectativas de los pequeños productores en relación a las modalidades de capacitación y transferencia de conocimientos técnicos y las contribuciones que se derivan de esto para la extensión rural. Indudablemente, comprender el modo en que los pequeños productores perciben y valoran el saber profesional y esperan ser capacitados, resulta de gran interés para quienes trabajan en extensión rural, ya que esto puede contribuir a una mejor comprensión de los obstáculos presentes en este vínculo, potenciándose las posibilidades de generar estrategias superadoras.

Antes de presentar los resultados y con el fin de clarificar su encuadre y pertinencia, se desarrolla la metodología de investigación utilizada y se describe la zona en la que fue realizado el trabajo de campo.

METODOLOGÍA

Con el fin de indagar los factores psicosociales que influyen en la dinámica de los procesos y proyectos de desarrollo rural orientados a pequeños productores agropecuarios, se realizó una investigación cualitativa de carácter exploratorio-descriptivo en el municipio de Misión Tacaaglé (provincia de Formosa, Argentina) entre los años 2005 y 2009. Las técnicas de recolección de información utilizadas en la misma fueron (1) la observación participante, conviviendo con una familia campesina por 5 meses durante varios viajes sucesivos, (2) la toma de entrevistas (71 a pequeños productores y 11 a otros actores incluyendo extensionistas rurales, medianos productores, integrantes de una ONG y un dirigente campesino) y (3) la revisión de información secundaria (principalmente censal). Uno de los ejes de mayor interés identificados en la etapa exploratoria fue la dinámica de la relación interpersonal y las prácticas de intercambio de conocimientos entre extensionistas y pequeños productores. Para abordar esta temática, entre septiembre de 2005 y enero de 2007 se realizaron 5 entrevistas introductorias a productores campesinos y a jornaleros y 3 a técnicos de programas de desarrollo rural. Los resultados preliminares

fueron utilizados para construir los ejes de una entrevista semiestructurada que fue utilizada para obtener información específica.

Así, se realizaron 20 nuevas entrevistas a pequeños productores en julio de 2007, estableciéndose cuotas por ubicación geográfica dentro del municipio con el fin de evitar la sobrevaloración de las experiencias de los pobladores de ciertas colonias. Dado que no existe información censal correspondiente a la distribución de la población por edad en las áreas rurales del municipio, no se utilizaron cupos por edad. Finalmente, las cuotas por sexo previstas originalmente no pudieron ser aplicadas porque resultó culturalmente inapropiado a los ojos de los pobladores que el entrevistador (siendo varón) procurara hablar con mujeres, sumado a que se trataba de preguntas vinculadas con temas productivos, comúnmente asociados a los hombres. En consecuencia, se permitió que las familias decidieran quiénes responderían a las preguntas del investigador. Así, se realizaron 7 entrevistas a varones, 4 a parejas, 4 a padres con algunos de sus hijos o hijas, 3 a madres con alguno de sus hijos o hijas, 1 a una pareja con su hija y 1 caso en el cual se entrevistó a dos vecinas. Las entrevistas realizadas tuvieron una duración promedio de 40/50 minutos. A los efectos de este trabajo, se consideraron familias de pequeños productores (o de campesinos) a aquellas que (1) obtuvieran la mayor parte de sus ingresos de la actividad agropecuaria, (2) no tuvieran más de 60 cabezas de ganado mayor y (3) no hubieran cultivado más de 10 hectáreas durante la última campaña. No obstante, en la mayor parte de los casos, los entrevistados y entrevistadas no superaban ni las 10 cabezas de ganado mayor ni las 5 hectáreas de cultivo.

A los fines del procesamiento de la información recopilada, los registros de observación participante fueron transcriptos y las entrevistas desgrabadas, lo que permitió su análisis con el apoyo del software Atlas Ti. Concretamente, se realizó una categorización preliminar del material a partir de ejes de interés provenientes de las insistencias en los discursos de los entrevistados y de los aspectos destacados por la bibliografía. Así, se procedió a una revisión bibliográfica más profunda, lo que permitió

realizar una categorización más precisa del material, avanzándose hacia la construcción de subcategorías. Luego, en los casos en los que fue oportuno, se construyeron tipologías de contenido a los fines de describir las categorías y subcategorías más significativas para la investigación, las cuales posteriormente fueron articuladas tanto entre sí como con los factores contextuales más relevantes, produciéndose como resultado final un texto descriptivo.

Descripción de la zona de estudio

A continuación se describirá la zona geográfica en la que fue realizada la investigación, con el fin de contextualizar los resultados obtenidos. El municipio de Misión Tacaaglé se encuentra ubicado en la provincia de Formosa (Argentina). Su población estimada es de 6.500 habitantes, estando ubicados 2.500 de ellos en la cabecera municipal y el resto en colonias campesinas o como población rural dispersa (estimación de las autoridades municipales al año 2005). El clima es subtropical con estación invernal, siendo las precipitaciones del orden de los 1.200mm. al año, con importantes variaciones interanuales. Asimismo, la zona se caracteriza tener elevados niveles de pobreza, existiendo numerosos programas de asistencia pública, particularmente planes sociales que proveen de ingresos monetarios mensualizados.

La actividad productiva es fundamentalmente de carácter primario. Concretamente, la economía local se apoya en dos pilares. Por un lado, el sector público con actividades vinculadas con la administración, la salud y la educación; y por el otro, la actividad agropecuaria. A nivel pecuario se destaca la cría de vacunos de manera extensiva. No obstante, esta actividad se articula muy poco con la economía local, demandando escasa mano de obra e insumos. La producción agrícola es algodonera y frutihortícola. Los productos destinados al mercado son el algodón, la sandía, distintos tipos de zapallo y el pomelo. Para autoconsumo se destacan el maíz y la mandioca (yuca). En la zona, los productores minifundistas son ampliamente mayoritarios. No obstante, el sistema de comercialización (particularmente en el caso de las hortalizas) se encuentra monopolizado por los productores medianos, quienes suelen oficiar de

intermediarios con los mercados, ofreciendo muchas veces insumos o incluso dinero como adelanto con el compromiso de recibir posteriormente la producción para comercializarla en los mercados nacionales. Finalmente, dado el escaso nivel de capitalización de los productores, la apropiación de excedentes en el territorio es reducida, particularmente en el caso de los productores pequeños, quienes deben resignar una importante porción de sus ingresos frente a los intermediarios.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

A los fines de clarificar la exposición, los resultados de la presente investigación fueron desagregados en subtítulos.

Saberes campesinos

Pese a lo asumido por los modelos tradicionales de extensión rural, resulta indudable que los productores campesinos cuentan con una serie de conocimientos de gran importancia y utilidad en torno a los productos que cultivan y al medio natural en el que viven (Schaller, 2006), los cuales han sido referidos en términos de ‘saberes tradicionales’ (Gómez Espinoza y Gómez González, 2006; Noriego Escalante, 2007), ‘saberes campesinos’ (Nuñez, 2004) o ‘saberes locales’ (Chaves Alves, 2005; Medina, 1996; Mora Delgado, 2008; Uzeda Vásquez, 2005).

El concepto de ‘saber tradicional’ busca enfatizar en el origen ancestral y transmitido de generación en generación de estos conocimientos. El ‘saber campesino’ refiere sólo a un grupo social determinado, sin incluir a otros como podrían ser los pueblos originarios. Finalmente, el ‘saber local’, sin referir a un tipo particular de sujetos ni subrayar su origen tradicional, destaca el hecho de que se trata de saberes construidos localmente y vinculados con ámbitos territoriales específicos. Dado que en este trabajo se hace referencia a conocimientos que poseen productores campesinos, se prefiere utilizar el concepto genérico ‘saberes campesinos’, incluyéndose dentro de éstos no sólo saberes tradicionales o locales, sino también aquellos que, habiéndose generado a partir de la práctica y la experiencia, aún no poseen un grado

de consolidación tal que permita denominarlos ‘locales’.

Los productores campesinos de Misión Tacaaglé se comprenden a sí mismos en tanto sujetos conocedores de la vida del campo y de las actividades de la chacra, construyendo a partir de esto una porción significativa de su identidad. Las entrevistas realizadas permitieron construir un conjunto de categorías destinadas describir los saberes de estos productores. Ordenados según el devenir lógico de la actividad productiva, se observa que los campesinos de la zona poseen una serie de saberes en torno a la fertilidad de los suelos y a las estrategias que pueden utilizarse para mantener su capacidad productiva. Así, se observa que los entrevistados diferencian entre tierras ‘nuevas’ o ‘rosadas’ y otras que denominan ‘viejas’, las cuales han perdido con el paso de los años su productividad. Dentro de las estrategias utilizadas para el cuidado de los suelos, los entrevistados destacan la importancia de “dejar descansar”¹ la tierra y “rotar plantaciones”. Por esto, sostienen que “si se puede, hay que ir rotando, entonces la tierra nunca se funde”. Frente a estas prácticas tradicionales, más recientemente se han incorporado nuevas alternativas destinadas a enfrentar la pérdida de fertilidad de los suelos: la aplicación de abonos químicos y la utilización de abonos verdes como la mucuna, que tiene la particularidad de fijar nitrógeno al suelo. Nótese que el uso de esta leguminosa es algo sumamente reciente en la zona, por lo que difícilmente podría decirse que su utilización habla de la existencia de un saber local sobre ella.

Para realizar adecuadamente la siembra, los productores recalcan la necesidad de contar con una buena preparación de suelo. La preparación tradicional contempla el uso de arado de mancera con tracción a sangre, involucrando este proceso un conjunto de saberes prácticos de gran importancia para la supervivencia de los productores. No obstante, progresivamente, los colonos del lugar han ido incorporando la preparación con tractor, la cual es usualmente

¹ El uso de comillas dobles, cuando no corresponde a una cita bibliográfica debidamente indicada, significa que se trata de una frase textual obtenida de una entrevista grabada.

provista por el municipio. Así, la práctica más común en la actualidad es la combinación de ambas estrategias, dado que la disponibilidad de la maquinaria municipal es limitada a causa de la gran demanda existente.

Los productores campesinos de la zona, asimismo, cuentan con un conjunto de saberes en torno a los productos que cultivan y al modo en que éstos deben ser gestionados. Concretamente, los entrevistados afirman tener amplios conocimientos en torno a productos tradicionales como el maíz, la mandioca y el algodón, así como saberes sólidos en torno a productos de incorporación más reciente como la sandía, el melón y el zapallo calabaza. Esto incluye un conocimiento contextualmente apropiado de los calendarios agrícolas, la incidencia del clima sobre estos cultivos en sus distintas etapas, las características de los insectos que pueden atacarlos y los modos en que éstos pueden ser erradicados. De particular interés resultan los saberes en torno a las estrategias de control de plagas, las cuales incluyen tanto prácticas tradicionales como el control mecánico y la cura por la palabra (orar sobre el cultivo para hacer que desaparezcan los insectos), como así también otras más modernas como el uso de insecticidas químicos, observándose en este último caso saberes difusos y fuertes diferencias de opinión entre los productores, lo que habla de conocimientos aún no consolidados.

De la misma forma, los productores campesinos entrevistados poseen una serie de conocimientos generales en torno a la gestión de la producción, particularmente en relación a la carpida (limpieza de malezas con la azada) y a las estrategias de lucha contra las heladas, aunque es cierto que estas últimas han caído progresivamente en desuso, lo que hace que actualmente los saberes que las respaldan se estén perdiendo.

Recapitulando lo desarrollado hasta el momento, se observa que hasta aquí se han descripto los saberes de los productores campesinos de Misión Tacaaglé, particularmente aquellos vinculados con la actividad agrícola. Dentro de ellos, pueden verse algunos que se han mantenido y transmitido a lo largo de décadas de padres a

hijos. Entre éstos pueden mencionarse los conocimientos sobre los suelos y su preparación y los saberes vinculados con los productos tradicionales (algodón, mandioca y maíz) y con su gestión y cuidado (carpida, cosecha, conocimiento de insectos típicos y curas mecánicas y por la palabra). Junto a estos saberes, se ubican otros consolidados pero que han sido incorporados más recientemente, como aquellos referidos al cultivo de sandía, melón y zapallo calabacita. Finalmente, si bien no se ha profundizado en ellos, también resulta posible identificar en estos productores ciertos conocimientos no consolidados, incluso precarios, en torno a cuestiones de aparición más reciente como las semillas transgénicas de algodón o el uso y función de distintos agroquímicos.

Conocimientos de los extensionistas desde el punto de vista del pequeño productor

Identificar, desde el punto de vista del campesino, cuáles son las áreas o temáticas que conoce un extensionista o, al menos, aquellas en las cuales piensa que el saber profesional puede realizarle aportes, es una cuestión de particular interés. Ciertamente, es a partir de estas creencias que el pequeño productor guiará sus acciones, buscando encontrar en los técnicos ciertas respuestas y no otras. Así, para buena parte de los campesinos entrevistados, “es necesario una asistencia técnica para el agricultor”, especialmente, porque ésta puede ayudar a los productores a resolver problemas de sus chacras y a mejorar su modo de trabajar. Por eso, como dice un entrevistado: “para un colono, el ingeniero es lo mejor que hay”. Y esto, porque se asume que los técnicos “saben muchas cosas” porque “ellos son estudiosos”. Así, ya sea porque los pequeños productores perciben que los tiempos han cambiado y han aparecido tecnologías novedosas que ellos mismos aún no saben manejar plenamente (como agroquímicos o semillas transgénicas) o simplemente porque se reconoce que el saber del profesional tiene mayor profundidad, muchos campesinos aceptan que el conocimiento técnico resulta importante, útil e, incluso, imprescindible.

Los saberes que los campesinos le asignan a los extensionistas pueden ser clasificados en

distintas áreas o rubros. Éstos abarcan: (1) plagas, uso de pesticidas, enfermedades animales y remedios, (2) fertilidad del suelo y abonos químicos y verdes, (3) manejo general de los cultivos, (4) uso de herbicidas y químicos en general y (5) conocimientos sobre cultivos o animales específicos, entre otros. De una observación global de las distintas categorías puede reconocerse que en la mayoría de los casos (3 sobre un total de 5), y como resulta razonable, se trata de áreas temáticas en las cuales los saberes campesinos aún no se encuentran consolidados, correspondiendo mayormente a insumos o a tecnologías modernas (por oposición a ‘tradicionales’), vinculadas muchas veces con agroquímicos, aunque no exclusivamente (téngase presente el caso de los abonos verdes).

Aun sin ser la categoría más mencionada, los campesinos muchas veces destacan la importancia general del saber técnico para el “manejo de la chacra”, para “manejear el cultivo, [...] sacar más buenas producciones”. Es decir, le asignan a los extensionistas un conocimiento amplio, útil para mejorar la gestión de la producción y, por ende, obtener mejores resultados. Sin embargo, más allá de esta confianza general en los conocimientos del profesional, resulta de interés enumerar las áreas específicas que han sido mencionadas. El más comentado por los entrevistados ha sido el saber de los extensionistas sobre insecticidas y plagas. En este sentido, consideran que los técnicos tienen un importante conocimiento sobre los insectos que pueden atacar a los cultivos, lo que les permite dar orientaciones o recomendaciones sobre los venenos y dosis más apropiadas para combatir plagas específicas. Es por esto que dicen que los ingenieros “saben mucho de veneno”, “qué veneno le puede matar, qué marca”. Este saber sobre plaguicidas e insectos puede ponerse en paralelo con las enfermedades que sufren los animales. En este sentido, también se ubica al ingeniero como aquel que puede diagnosticar cuándo uno de ellos está enfermo y recomendar cómo tratarlo.

Una segunda área específica de saberes adscriptos a los técnicos (aunque algo menos mencionada que la anterior), es el conocimiento

sobre el suelo, los problemas de fertilidad y los productos que pueden utilizarse para superar estas limitaciones. Esto incluye todo lo referido a la fertilidad de la tierra y a qué nutrientes pueden estar haciendo falta. También abarca la indicación de fertilizantes sintéticos para la mejora de la productividad, en caso de tierras gastadas, o el uso de abonos verdes, como la mucuna o el melilotus. Además, el saber del extensionista aquí se extiende al conocimiento de diferentes técnicas conservacionistas como la rotación de cultivos o la orientación de los surcos en perpendicular a la pendiente del terreno. Como en el caso de los plaguicidas, en esta oportunidad también se observa que los saberes que se adscriben a los técnicos son percibidos como útiles en términos prácticos, refiriéndose generalmente a áreas en las cuales los mismos campesinos sienten que tienen problemas que necesitan resolver.

Casi tan mencionadas como el rubro anterior aparecen dos áreas de conocimiento técnico reconocidas por los pequeños productores: el uso de herbicidas y el saber sobre cultivos específicos. En torno a la primera cuestión, y como los propios campesinos señalan, “hoy en día el manejo del algodón se está poniendo muy difícil”. Concretamente, por la aparición de la variedad transgénica RR que admite el uso del así llamado ‘matayuyos’. Pero como los productores tienen limitada experiencia en el área, requieren de un profesional que pueda indicarles el modo de aplicación y la medida adecuada de producto a utilizar. Sobre el conocimiento en torno a cultivos específicos, y muy vinculado con la experiencia de confianza general en el saber del técnico, también suele comentarse que el profesional podría capacitar a los campesinos tanto en torno a productos conocidos (como algodón, hortalizas, batata, mandioca, etc.) como en relación a otros nuevos que permitirían ampliar las opciones o, incluso, reemplazar al algodón.

Diferencias entre saberes campesinos y conocimientos técnicos

Evidentemente, y como se analizará más adelante, los saberes campesinos y los conocimientos técnicos se diferencian en cuanto a su contenido, en el sentido de que cada uno de

ellos tiende a ser referido por los entrevistados a temáticas más o menos diferenciadas. No obstante, también puede observarse que los pequeños productores perciben igualmente importantes diferencias en torno a la estructura y origen de ambos tipos de conocimiento. De hecho, el análisis de las entrevistas muestra que existen dos ejes de sentido a partir de los cuales los entrevistados diferencian sus saberes de los conocimientos de los profesionales.

El primer eje de comparación hace referencia a que el conocimiento del técnico es de naturaleza teórica y ‘mental’, lo que le permite al profesional decir qué veneno hay que usar para enfrentar tal o cual plaga sin que necesariamente sepa cómo hacerlo en la práctica. Por su parte, el saber del productor aparece vinculado con la capacidad práctica de hacer las cosas adecuadamente. Se trata de conocer el uso de la azada, no de decir cómo debe manejarse. Así, puede decirse que el conocimiento técnico es, en primer lugar, de naturaleza discursiva. Es saber en términos de descripciones verbales estructuradas lógicamente, por ser provenientes de la academia, en torno a cómo deben hacerse las cosas. En cambio, el saber del productor es un hacer las cosas en lugar de hablar sobre ellas, por eso se establece esta comparación: “un técnico te viene, te explica todas las cosas, se va a trabajar y no sabe hacer nada, una azada no sabe agarrar y en serio [...]. Pero en teoría sí, cualquier cosa te explica, punto por punto”.

El segundo eje de comparación hace referencia al origen del conocimiento. Así, el saber técnico se origina “a través de los libros” o “del estudio”. En contrapartida, el del productor proviene de “su experiencia, ya de tantos años de trabajo en la chacra”. De esta forma, por un lado queda configurado un conocimiento discursivo, con una estructura lógica y originado en el estudio y la academia; y por el otro, uno empírico, referido al saber hacer y fundado en la experiencia. Se nota así que, incluso desde la visión de los campesinos, se trata de saberes con estructuras distintas a la vez que con fortalezas y debilidades diferenciadas.

Desarrollado lo anterior, resulta de interés mencionar el importante paralelo que existe

entre los modos en que los campesinos entrevistados diferencian sus propios saberes de los conocimientos de los extensionistas y las diferencias entre saberes locales y conocimientos tecnocientíficos destacadas por la bibliografía especializada. Como se ha mencionado, los saberes locales hacen referencia a conocimientos sobre suelos, climas y gestión de los cultivos y otros aspectos de la actividad productiva desarrollados a lo largo del tiempo por medio de la experimentación y la observación minuciosa y atenta de la naturaleza (Nuñez, 2004). Los mismos, son transmitidos de generación en generación por medio de la tradición oral (Gómez Espinoza y Gómez González, 2006) en contextos informales directamente vinculados con la práctica. Por eso, se trata de un aprendizaje que se apoya fundamentalmente en la demostración empírica, por lo que requiere de la presencia e interacción *in situ* entre quien enseña y quien aprende. Sin embargo, esto no debe llevar a considerar al saber local como una totalidad articulada y consolidada. Por el contrario, se trata de conocimientos parciales, difusos y aun contradictorios (Uzeda Vásquez, 2005) que usan de la metáfora y del carácter simbólico del lenguaje para comunicar (Medina, 1996). Por eso, si bien refieren a saberes empíricos orientados al dominio práctico del mundo, como no parcelan la realidad como lo hace la ciencia moderna, pueden emparentarse con formas de compresión éticas y aun religiosas sin que haya contraposiciones o divisiones estrictas. Finalmente, desde el punto de vista de la construcción del conocimiento, si bien el fundamento del saber local es la observación y la prueba de la práctica, el ámbito de validación definitivo es el espacio de diálogo entre pares, donde se comparten los modos de comprender las experiencias. En definitiva, algo será saber socialmente legitimado no por ser ‘objetivo’ o ‘verdadero’ sino por brindar modos de comprensión compartidos que, al ser expuestos frente a situaciones concretas de la práctica, generen interpretaciones que corroboren tales supuestos.

En contrapartida, se observa que el saber tecnocientífico vinculado con la producción agropecuaria se diferencia claramente del saber local. En efecto, frente a una concepción

holística, territorialmente situada y atenta al cuidado del medio natural, el conocimiento técnico (al menos en su sentido tradicional) se propone la explotación y el control de la naturaleza desde una perspectiva universal, a espacial y teórica. En este sentido, se trata de un conocimiento que resulta útil para interpretar todos los casos y los territorios en aquello que comparten (lo universal, las reglas de la física y de la química). Pero al hacerlo desde una perspectiva conceptual y abstracta, se distancia de la experiencia empírica, del saber hacer y de lo que hace particular y específico a cada lugar. Por esto, *dadas las diferencias estructurales que existen entre ambos tipos de conocimiento, puede decirse que se trata de dos cosmovisiones o epistemologías diferentes.*

De esta forma, se observa que las diferencias percibidas por los entrevistados en torno a los saberes propios y a los conocimientos profesionales poseen un importante asidero en los desarrollos conceptuales sobre saber local. En efecto, tanto en la comparación realizada por los mismos productores como en aquella recogida en la bibliografía especializada puede verse la asociación que se establece entre el saber local y la experiencia práctica del saber hacer, y entre conocimiento técnico y saber teórico-discursivo.

No obstante, los desarrollos en torno a la noción de saber local/campesino hacen algunos aportes adicionales frente a lo sugerido por nuestros entrevistados. El primero, que el saber local no refiere a una totalidad articulada o consolidada, lo que le da una importante flexibilidad y capacidad de hibridación, a diferencia del conocimiento científico-técnico, caracterizado por un fuerte grado de sistematización.

El segundo, que los saberes locales están conformados preferentemente por saberes probabilísticos de carácter práctico cuyo medio de validación es el diálogo interpersonal y la observación directa, frente a los conocimientos tecnocientíficos, apoyados en medios de prueba y validación sistemáticos y controlados (es decir, en el método científico). Así, resulta clara la existencia de distintas estructuras y diferentes medios de validación, lo que puede inducir

conflictos en el momento del intercambio entre ambos actores.

Complementariedad entre saberes campesinos y conocimientos técnicos

En el punto de saberes campesinos se mencionó que los pequeños productores entrevistados se describen a sí mismos como portadores de un conjunto de conocimientos en diferentes áreas. Concretamente, se sienten sólidos en relación a productos tradicionales como la mandioca, el maíz y el algodón; e incluso respecto de otros cuyo cultivo se extendió más recientemente, como el zapallo, la sandía y el melón. Esto incluye prácticas como la rotación de cultivos, la preparación de suelo con bueyes (y aun con tractor), la siembra, el control mecánico de malezas, las prácticas tradicionales de control de plagas y la cosecha de los distintos productos. No obstante, los mismos entrevistados se mostraron inseguros o reconocieron que no contaban con conocimientos suficientes para gestionar productos e insumos de aparición más reciente como las semillas transgénicas de algodón y agroquímicos como fertilizantes, insecticidas y herbicidas.

En contrapartida, se observó que los entrevistados también asignaron conocimientos a los extensionistas en ciertas áreas específicas. Particularmente en torno al control de plagas, al uso de abonos químicos y verdes y al uso de herbicidas, junto con una valoración general de sus conocimientos. Así, se observa una importante complementariedad entre los saberes que los pequeños productores se asignan a sí mismos y aquellos que adscriben a los extensionistas, ya que los mismos entrevistados señalan que los profesionales cuentan con conocimientos valiosos en las áreas en las cuales ellos mismos se sienten inseguros o limitados.

En términos generales, puede decirse que los campesinos se asignan a sí mismos saberes sobre la gestión de los productos tradicionales a la vez que esperan ser capacitados por los extensionistas fundamentalmente en el área de los insumos modernos, introducidos más recientemente. No obstante, lo que a primera vista podría parecer un vínculo dinámico en el que circulan conocimientos de manera ágil, no

siempre lo es, como bien saben los extensionistas.

Aceptación y rechazo de los conocimientos técnicos

En términos generales, puede decirse que son dos los tipos de reacciones que puede suscitar el conocimiento técnico en los pequeños productores: la de aceptación y la de rechazo, reconociéndose siempre, claro está, la existencia de distintos grados al interior de cada uno de ellos. En las entrevistas realizadas pudo observarse que cada tipo de reacción está sostenido en un conjunto articulado de explicaciones y argumentaciones que tienden a repetirse. En cuanto a las situaciones en las cuales el conocimiento técnico es valorado positivamente, son dos las explicaciones que suelen darse, siempre apoyadas en una confianza general en los conocimientos de los profesionales. La primera es la más simple. Ésta, afirma que los extensionistas “son estudiosos” y por eso “saben más que nosotros, [los productores]”. Es interesante señalar que en este proceso parece establecerse una jerarquía de saberes en la cual el profesional sabe más que el pequeño productor o, al menos, tiene conocimientos sobre cuestiones específicas que el campesino no maneja: “los ingenieros te hablan de tal semilla, hay que sembrar en tal fecha o en tal tiempo y nosotros no sabemos”. Sin embargo, esto no implica *necesariamente* una desvalorización del propio saber sino el reconocimiento práctico de que, al menos respecto de ciertas cuestiones, el profesional sabe más que el pequeño productor.

El segundo entramado a partir del cual se explica la aceptación y valoración positiva del conocimiento del profesional también implica una comparación entre ambos saberes, pero apunta esta vez a la profundidad y solidez del conocimiento técnico más que a una mayor amplitud temática. Así, se describe al saber del pequeño productor como algo fundado en la “costumbre que traemos de los antepasados”, a diferencia del conocimiento técnico, que aparece aquí como más sólido y que va a las causas profundas de las cosas, como puede verse en la siguiente cita:

La hoja se está poniendo marroncita, no sabemos de qué es, nosotros decimos ‘a lo mejor [...] esto es por falta de lluvia’. Y no es eso. [...] en ese caso lo que [se] necesitaría [...] [es] el trabajo del [...] que estudió sobre lo que es el crecimiento de una planta.

Por otra parte, en relación a la resistencia o rechazo frente al conocimiento técnico, las explicaciones de los pequeños productores pueden ser descriptas refiriendo a cuatro tipos. El primero es el rechazo directo del saber del profesional calificándolo como un error, una mentira o una equivocación, en tanto va en contra de las creencias, supuestos previos o experiencia directa del pequeño productor. Llamativamente, esto puede llegar incluso al extremo de que se dude de los estudios del extensionista: “ingeniero, dice, no sé yo si estudia”. Una segunda argumentación, directamente emparentada con la primera, refiere al rechazo del aporte técnico a partir de extremar la diferencia entre conocimiento teórico y saber de la experiencia, señalándose que este último es el único y verdadero conocimiento, sin que quede lugar para otro: “sabemos del algodón, nacimos en una planta de algodón nosotros, sabemos cómo se siembra, y ellos no nos van a hablar del picudo... [Un insecto del algodón] ¡Jamás!”.

También, como forma de resistencia frente al conocimiento del extensionista, aunque no de manera tan radical como en los casos anteriores, puede encontrarse el argumento que sostiene que el saber profesional, si bien es conocimiento válido, no agrega nada al del pequeño productor. Es decir, no representa nada nuevo o especial que pueda ser de utilidad, ya que los campesinos saben cómo hacer perfectamente sus tareas porque “todos [...] son productores de años y ya saben todos los manejos [...] qué tienen que hacer en la chacra. Es poca la diferencia de lo que te vienen a decir ellos [los extensionistas]”. Finalmente, la última explicación que dan los entrevistados para rechazar el conocimiento del extensionista no refiere ya a una crítica a su estatus de conocimiento verdadero ni a una negación de que éste represente un aporte adicional para el productor, sino que apunta al hecho de que no se lo percibe como

contextualmente apropiado o útil teniendo en cuenta las condiciones de vida del pequeño productor. Así, se lo considera demasiado universal o pensando para situaciones ideales pero inaplicables en el ambiente concreto del campesino: “para ellos es fácil, pero el hacer es difícil, ellos dicen ‘así se tiene que trabajar’, pero con la pobreza no se puede trabajar como ellos dicen”. En este sentido, el pequeño productor entiende que, ya sea porque no tiene las herramientas, la tierra o incluso el tiempo necesario para llevar adelante las recomendaciones que se le proponen, aquello que le sugiere el profesional no le resulta útil o apropiado.

Análisis de las reacciones de los pequeños productores frente al conocimiento técnico

En el título 4.4 se mostró que los conocimientos que los pequeños productores se asignan a sí mismos y a los extensionistas son claramente complementarios. Sin embargo, como señala la experiencia de los técnicos y como puede observarse en las descripciones realizadas en el punto 4.5, los productores pueden tanto aceptar como rechazar en distintos grados los aportes que realizan los profesionales. En este sentido, la descripción realizada en el subtítulo previo reviste gran interés ya que puede ayudar a los extensionistas a objetivar y categorizar las reacciones de los pequeños productores, con el fin de comprenderlas mejor. No obstante, si bien esta comprensión indudablemente puede resultar de utilidad, más importante aún es poder dar cuenta de las razones profundas que hasta cierto punto están en la base de las modalidades concretas por medio de las cuales los productores reaccionan frente a los conocimientos y propuestas de los extensionistas, de tal forma de poder generar respuestas que puedan favorecer el vínculo y el intercambio entre ambos actores.

Como se ha señalado, la aceptación personal (no sólo discursiva) de los conocimientos de los extensionistas, puede tener dos formas. La primera, asociada al reconocimiento de una mayor amplitud temática. La segunda, referida a una comparación entre ambos conocimientos, reconociéndose como más sólido y profundo el del extensionista. Si se toma en cuenta que la

identidad del pequeño productor está fuertemente anclada en sus conocimientos productivos y en sus prácticas cotidianas, se observa que la alternativa más clara en la cual el campesino puede mantener una autoestima positiva es aquella en la cual se considera que el extensionista puede saber más en determinadas áreas pero no en otras, lo que daría pie para pensar en una ‘complementariedad de saberes’. No obstante, tanto en el primer esquema de aceptación, cuando se reconoce que el técnico ‘sabe más’ en términos generales, como en el segundo, que *a priori* realiza una comparación entre ambos tipos de saberes afirmando que el del profesional es superior, se observa que los conocimientos del propio productor (asociados a su identidad) quedan en cierto sentido desvalorizados. Así, si bien son aceptados los nuevos conocimientos y prácticas, esto se hace al precio de una autodesvalorización del productor, lo que indirectamente lo lleva a poner en duda el valor y utilidad de sus propios saberes, los que, indudablemente, muchas veces pueden resultar útiles. Además, la pérdida de la propia estima también induce pasividad, ya que implica adicionalmente la puesta en duda de las propias capacidades y habilidades para generar iniciativas y cambios.

Es indudable que la autoestima de los productores no se juega únicamente en este ámbito y que es posible mantenerla aun a pesar de una comparación negativa en este sentido, ya que existen múltiples estrategias para mantener una identidad positiva (Tajfel, 1984). Pero, en cualquier caso, la pérdida de la confianza del productor en sus propios saberes no hará sino reducir su capacidad para lidiar de manera adecuada con los desafíos que le propone su ambiente, ya que frente a ellos sus conocimientos empíricos suelen resultar sumamente adecuados. Es interesante señalar que a partir de esta línea podría echarse luz a muchas reticencias de los pequeños productores frente al conocimiento del profesional, ya que en ese vínculo no sólo se ponen en juego saberes sino también la valía de los sujetos. En este sentido, también puede afirmarse que una mayor valoración de los saberes de los productores por parte de los extensionistas, o incluso una mayor autoestima general, podrían ser elementos

favorecedores de un intercambio más rico y de una mayor apropiación de saberes en este vínculo.

Indudablemente, cuando se analizan las distintas argumentaciones vinculadas con el rechazo de los conocimientos y prácticas propuestos por los extensionistas, resulta necesario tomar en cuenta las reflexiones previas. No obstante, en este caso cobran mayor visibilidad aquellos aspectos vinculados con las diferencias estructurales existentes entre conocimientos locales y tecnocientíficos, las cuales fueron abordadas en el apartado 4.3. Así, luego de haber sido analizadas las razones esgrimidas por los entrevistados para rechazar o resistir los conocimientos propuestos por los técnicos, parecen destacarse: (1) la existencia de diferentes medios de prueba, (2) la contraposición entre saberes prácticos de la experiencia y conocimientos teórico-conceptuales, (3) la diferencia entre conocimientos de aplicación general/universal y los saberes locales, construidos en relación a contextos socioterritoriales específicos, y (4) la existencia de diferentes cosmovisiones que hacen que los objetivos, intereses, valores y prioridades de técnicos y productores no sean los mismos.

Respecto de la primera cuestión, es necesario reconocer que los medios de prueba que les permiten a ambos actores considerar algo como ‘verdadero’, ‘útil’ o ‘efectivo’ no son los mismos, por lo que las conclusiones a las que arriba cada uno luego de aplicar sus propios procedimientos de observación pueden fácilmente diferir. En efecto, si para el extensionista los medios de prueba son la experimentación controlada, el uso de las premisas y conclusiones provistas por la ciencia y el juicio de sus propios pares; para el pequeño productor algo resulta cierto cuando surge de la observación directa y personal, de la adecuación con las premisas y creencias de su entorno cultural y de la validación intersubjetiva en el contexto de su propio grupo de pares.

En la zona de Misión Tacaaglé, como posiblemente en muchos otros lugares, los campesinos afirman que los peces caen con la

lluvia. Su explicación es clara: dado que los esteros que se encuentran en el lugar tienden a secarse durante cierta época del año y que los peces aparecen nuevamente cuando el agua de lluvia se vuelve a acumular, entonces es evidente que su origen es la lluvia. Razonamiento evidente fundado en la observación directa que sólo puede ser discutido a partir de un conjunto de principios científicos propios de la cosmovisión del profesional que dicen que esto es imposible, aun contra la ‘evidencia’ empírica que tienen para ofrecer los pequeños productores. Cuando Galileo Galilei decide mirar por su telescopio y confirma que la tierra gira alrededor del Sol contra lo que suponían las autoridades religiosas y científicas de su época, elige confiar en una nueva tecnología como eran las lentes ópticas desarrolladas poco tiempo antes. Pero, ¿por qué este medio de prueba tenía que ser más confiable que la interpretación de los observables propuesta por los expertos de la época? ¿Valía acaso más un artefacto extraño que las palabras de los especialistas más encumbrados? Igual sucede en el vínculo entre técnicos y pequeños productores: cuando los medios de prueba y las premisas que se usan para observar son diferentes, aún cuando las personas estén ante los mismos hechos no necesariamente los interpretan de la misma manera. Así, si un insecticida no mata de manera inmediata a los insectos, puede llevar a que el productor considere que se trata de un producto que no es efectivo, aun cuando el profesional, confiado en su propio saber, esté seguro de la utilidad del agrotóxico.

Otro de los elementos que diferencian a los conocimientos tecnocientíficos propios del profesional de los saberes locales de los pequeños productores, al menos desde el punto de vista de estos últimos, es que los primeros tienden a caracterizarse por ser teórico-conceptuales y los segundos por ser de naturaleza práctica. Si bien es cierto que esta diferencia muchas veces puede ser resaltada con el fin de mantener la autoestima del propio productor frente a los agentes externos formados en la academia, también es cierto que el conocimiento discursivo-conceptual propio de la ciencia no se identifica con las habilidades concretas para llevar adelante sus implicaciones

prácticas. En este sentido, es claro que el contexto propio del profesional, educado en las universidades, es el del saber discursivo; y el de los pequeños productores, la realización de las actividades productivas cotidianas. Es cierto que la pericia en torno a uno de los dos polos no niega su contrario. Pero sí debe tenerse presente que ambos no pueden equipararse, porque *no son lo mismo*. Así, dada esta diferencia en cuanto al énfasis teórico-discursivo o práctico-empírico del saber, se comprenden con mayor claridad ciertas dificultades que pueden surgir en el vínculo de extensión, más que esta diferencia posee implicaciones no sólo en relación a los tipos de contenidos transmitidos sino también a los modos de comunicar conocimientos y a las expectativas que tienen ambos actores sobre lo que es comunicado.

El tercer punto de disonancia entre los conocimientos de los profesionales y los de los pequeños productores es el alcance que tiene cada uno de ellos. En este sentido, se acuerda que el conocimiento propio de la ciencia tiene aplicación o alcance universal (se aplica a todos los casos que comparten los parámetros estipulados) mientras que los saberes de los campesinos se caracterizan por tener un alcance territorial restringido (por eso son ‘locales’). Sin embargo, esto no implica *a priori* que los primeros sean mejores o incluso más útiles que los segundos, ya que las realidades concretas no son experimentos de laboratorio, por lo que involucran muchas más variables que las que incluyen los modelos teóricos. En este sentido, la mejor alternativa en un caso dado no es aquella que podría ser preferible en una situación genérica sino en aquel contexto concreto que concierne al pequeño productor con el que trabaja el extensionista. Visto lo precedente, cobra mayor sentido que los campesinos, en ciertas oportunidades, rechacen propuestas técnicas externas, ya que es posible que ellas desconozcan o no sean adecuadas para las condiciones locales, las que incluyen tanto particularidades agroecológicas como características sociales y culturales propias de la comunidad local. Por ejemplo, es posible que, en términos económicos, sea preferible una estrategia asociativa. No obstante, aún puede suceder que los pequeños productores la

consideren como una alternativa inviable porque podría traerles conflictos con sus patrones, con quienes desean mantener una buena relación, ya que saben que ellos pueden ofrecerles ciertas seguridades en caso de imprevistos. Como señalan Soleri *et al.* (2008), es posible que los pequeños productores tomen decisiones “basadas en evaluaciones racionales de las variables, algunas de las cuales pueden no ser incluso comprendidas por los investigadores” (p. 677).

Finalmente, también hay que señalar que, en términos generales, los rechazos y resistencias de los pequeños productores en torno a las opciones propuestas por los extensionistas pueden surgir a partir de la existencia de diferentes objetivos, intereses, valores y prioridades, es decir, de diferentes cosmovisiones. En este sentido, cabe mencionar que muchas veces los campesinos comprenden su contexto y toman decisiones teniendo en cuenta sistemas de valor y criterios sobre la propiedad muy distintos de los occidentales (Mordo, 2001) o priorizando elementos de la dinámica comunal y familiar por sobre la obtención de utilidades (Patiño, 2000). Concretamente, diferentes autores han indicado que, dada su situación de vulnerabilidad, los productores campesinos prefieren reducir los riesgos antes que maximizar las ganancias (Ayalew, King, Bruns y Rischkowsky, 2003; Patiño, 2000; Stage y Rekve, 1998), dado que un año malo para ellos puede significar pasar hambre. Es por esto que tienden a priorizar los cambios lentos en las estrategias productivas, procurando minimizar los riesgos, lo que puede extremarse hasta el punto de no hacer cambio alguno si la utilidad de la innovación no ha sido suficientemente corroborada a partir medios de prueba propios, distintos de los de la ciencia. Así, como su prioridad es la supervivencia y no la acumulación de capital, las preocupaciones del campesino tienden a centrarse en el corto plazo (en el que se juega su subsistencia) y no en el largo plazo, generalmente invocado por los proyectos de desarrollo. En este sentido, ¿cuánto puede valer para alguien que está pensando en su supervivencia y que está acostumbrado a sufrir necesidad que le pidan esfuerzos en el aquí y ahora aduciendo un posible futuro mejor si el mañana es vivido como incierto, lejano y muchas veces percibido como incontrolable?

Finalmente cabe aclarar que, pese a lo que pueda pensarse, el campesino no se resiste a adoptar tecnologías o recomendaciones técnicas ‘por principio’, sólo sucede que tiende a evaluar las propuestas que se le hacen no desde los ojos del profesional sino desde un conjunto de premisas relacionadas con su propia identidad, su propia cultura y su propia mirada.

Modalidades y espacios de circulación de saberes

Luego de haber descripto los saberes de los pequeños productores y los conocimientos de los extensionistas, de haber analizado las diferencias entre ambos y de haber planteado y analizado las distintas repuestas de aceptación o rechazo que los conocimientos técnicos pueden generar en los productores, resta tematizar los espacios de circulación de saberes que se dan en las prácticas de extensión rural. A partir de la categorización de las respuestas a las entrevistas realizadas en la localidad de Misión Tacaaglé, pudo observarse que los pequeños productores de la zona aluden intuitivamente a tres modalidades diferenciadas dentro de las cuales han accedido a conocimientos especializados provistos por los extensionistas, las cuales se vinculan de manera directa con la estructura del Programa Social Agropecuario (PSA), un programa de desarrollo rural que ha adquirido gran importancia en la zona durante los últimos años. Concretamente, las modalidades dentro de las cuales los pequeños productores han accedido a conocimientos provistos por los profesionales son: (A) los espacios de intercambio y formación periódicos propuestos por los extensionistas que coordinan grupos del PSA en torno al uso y manejo de insumos, herramientas y maquinarias provistas por el mismo programa; (B) los espacios de ‘capacitación’ propiamente dichos, los cuales están a cargo de un técnico especializado, el cual es convocado por el PSA únicamente para esta tarea, invitándose a participar a todos los vecinos interesados. Finalmente, los entrevistados también mencionan un tercer espacio que son (C) las consultas espontáneas que hacen los pequeños productores a los extensionistas que coordinan sus grupos o viven en su comunidad a partir de dudas o problemas en torno a lo que ocurre en sus propias fincas.

Nótese que los dos primeros espacios corresponden a lo propuesto por el PSA. Sin embargo, el tercero excede la propuesta del programa, lo que induce a pensar que se trata de una modalidad de acercamiento intuitiva y espontánea que va más allá de las formas y estrategias que adoptan las prácticas estructuradas de extensión rural.

En un trabajo reciente (Landini, 2009) fueron analizadas las respuestas de los campesinos de la zona ante preguntas orientadas a identificar, desde el punto de vista del productor, a qué se debía dedicar o qué actividades debería realizar un extensionista. En el trabajo referido, se mencionó que los entrevistados consideran que la función de los extensionistas es: (1) dar capacitación a los campesinos sobre temas vinculados con el trabajo rural, con el fin de que éstos puedan mejorar su forma de producir y trabajar; (2) visitar a los productores en sus chacras y recorrer las colonias para revisar si sus cultivos y animales se desarrollan de manera adecuada; y (3) estar disponibles para conversar y asesorar al productor cuando se le presente algún imprevisto que éste no sepa cómo resolver.

Analizando las funciones que los campesinos asignan a los extensionistas, se observa que la primera, dar capacitación, se condice con los espacios propuestos para dicho fin por el PSA, mencionado previamente como modalidad ‘B’. La tercera expectativa sobre el trabajo del extensionista, estar disponible para responder a consultas y orientar en caso de imprevistos, también fue mencionada previamente en el punto ‘C’ como algo que efectivamente sucedía.

No obstante, los entrevistados recalcan que ellos esperan que esta última labor sea considerada como una responsabilidad del extensionista, teniendo, por ejemplo, días de trabajo asignados para ello, ya que sienten que de no ser así, no podrían estar preguntando constantemente, debido a que estarían molestando y abusando de la buena voluntad del profesional. Finalmente, se observa que en ningún caso parece ser cubierta la segunda función asignada al extensionista, la de visitar a los productores y ver cómo evolucionan sus cultivos y animales.

Analizando los tres componentes de la función de los extensionistas propuestos por los entrevistados y vinculando esto con las diferencias estructurales que existen entre los conocimientos de los profesionales y los productores, parece posible sugerir algunas propuestas superadoras.

En primer lugar, debe tenerse presente que estos productores reconocen a los extensionistas saberes propios y especializados (ver 4.2). De aquí se deriva la expectativa de que los profesionales funcionen como capacitadores. No obstante, también es necesario reconocer que los pequeños productores poseen un conjunto de saberes propios (4.1) que se diferencian de los del profesional, ya sea por tratarse de diferentes contenidos (4.4) o por tener una estructura y organización propia (4.3).

La extensión rural nace históricamente como una práctica transferencista destinada a trasladar los adelantos científicos y técnicos generados por los centros de investigación a los productores del campo (De Schutter, 1982) lo que en cierto sentido lleva implícito el desconocimiento de los saberes empíricos que poseen los beneficiarios. Cuando esta propuesta se difunde progresivamente desde los Estados Unidos hacia otros países, no se le hacen cambios profundos a su estructura (Schaller, 2006). Ahora bien, cabe señalar que el énfasis transferencista de estas prácticas no debe achacarse de manera particular a los extensionistas, ya que se trataba de un modo de pensar las propuestas educativas en general que se apoyaba en las teorías conductistas del aprendizaje, las cuales tendían a desconocer o a desentenderse de los saberes previos de las personas, asumiendo que ésta era la mejor estrategia para enseñar. No obstante, los desarrollos de la psicología desde mediados del siglo XX en torno a los procesos de aprendizaje muestran que ninguna actividad de enseñanza generará efectos significativos y duraderos si no reconoce los saberes previos y las teorías implícitas de los educandos. Dicho en otras palabras, no puede haber aprendizaje verdadero si no se toman en cuenta los saberes de quienes se espera que aprendan, en este caso, los pequeños productores.

Por otra parte, el enfoque transferencista también tiende a desconocer los problemas sentidos y las prioridades establecidas por los productores, ya que asume que es el profesional quien sabe con mayor claridad qué es lo más importante o lo prioritario, dejando de lado las preocupaciones o temas que los pobladores consideran como más importantes. Frente a esto, la psicología comunitaria afirma que es indispensable trabajar con las necesidades sentidas de las comunidades (Sánchez Vidal, 1991), ya que ésta es la única forma de lograr una verdadera implicación en los procesos que se gestionan de manera compartida. Adicionalmente, la participación de las comunidades en el diseño de las actividades conjuntas (pensadas aquí como proyectos de desarrollo rural), además de comprometerlas con la ejecución, también permite que se diseñen iniciativas que aprovechen los saberes de las personas sobre los ámbitos locales, por lo que favorece que los proyectos sean culturales y contextualmente apropiados y viables.

Retomando los tres componentes de la función del extensionista que surgen de las entrevistas realizadas, puede observarse que los pequeños productores se muestran favorables a un modelo de extensión que incluya a la capacitación como uno de sus elementos constitutivos. De todas formas, las reticencias mencionadas frente al conocimiento técnico también sugieren la necesidad de que esa capacitación esté vinculada con los intereses, preocupaciones y saberes previos de los pequeños productores, particularmente porque quienes desean ser capacitados esperan que los contenidos transmitidos tengan utilidad práctica y se adecuen a los contextos en los que viven.

Ahora bien, no obstante el reconocimiento de la capacitación como elemento constitutivo de la extensión rural, los pequeños productores reclaman otro tipo acciones de los extensionistas. Concretamente, que vayan a sus predios para ver cómo se desarrollan sus cultivos y animales, y que estén disponibles para consultas que les surjan a partir de los problemas que se les presentan en su trabajo cotidiano. Interesante mencionar aquí que los productores, indirectamente, están sugiriendo que esperan que el trabajo del extensionista parta de sus

necesidades sentidas, es decir, de los problemas concretos con que se encuentran en su práctica. Pero a nivel más profundo, esto no sólo incluye partir de los problemas vividos por los productores, sino también reconocer y aceptar el modo en que éstos piensan y encuadran sus propios problemas. Es decir, implica partir de los saberes de los mismos sujetos, los que la psicología educacional denomina saberes previos. Sin dudas, esto resulta de sumo interés: que los pequeños productores manifiesten en sus expectativas su deseo de que sus necesidades sentidas y sus propios saberes, preocupaciones, intereses y modos de ver sean tenidos en cuenta. Respuesta interesante frente a la diferencia estructural entre ambos tipos de conocimiento, la cual podría ser reconstruida como sigue: ‘aceptamos el conocimiento técnico, por eso queremos capacitaciones, pero también queremos que se ocupen de lo que nos preocupa y que respeten lo que pensamos’.

Pero más todavía, el que una persona de cierto prestigio, como es un ingeniero en contextos campesinos, visite a un pequeño productor, visite las colonias, las chacras y los lugares alejados, implica algo más. Supone, indudablemente, la expectativa de que quien es importante se acerque a la vida de quien no es realmente valorado por la sociedad moderna, que desconoce sus saberes y valora poco sus esfuerzos. Así, si bien muchas veces esta expectativa se cruza con el deseo de relaciones de patronazgo donde se incluye al otro como superior, también implica un pedido de reconocimiento y valoración personal. De esta forma, el productor campesino también espera ser reconocido en su valía por el extensionista, lo que indudablemente se condice con otro de los elementos que limitaba la apropiación de conocimientos por parte de los productores: la necesidad de mantener una imagen positiva de sí mismos. En este contexto, los entrevistados parecen sugerir algo de particular importancia, la necesidad que experimentan de ser reconocidos y valorados, situación que indudablemente ayuda a minimizar las reticencias respecto del conocimiento técnico provisto por el profesional.

Así, frente a un modelo de extensión tradicional fundado en la capacitación como espacio de

transferencia, los entrevistados parecen sugerir una propuesta diferente a partir de sus expectativas. Esto incluye, en términos genéricos, que se parta de sus necesidades y problemas sentidos, que se reconozcan sus saberes y su cosmovisión, y que sea valorada su persona. La extensión rural no es sólo un espacio de intercambio de conocimientos sino también, y muy particularmente, de relación entre personas. Como señalan Watzlawick, Beavin y Jackson (1971), toda comunicación humana tiene un aspecto de *contenido* (aquello sobre lo que se habla) y otro de *relación*, donde las personas definen quién es cada uno en esa interacción. En este sentido, cobra mayor relevancia lo planteado por Freire (1973) quien, frente al modelo de extensión tradicional fundado en un intercambio asimétrico y jerárquico, proponía una alternativa dialógica y horizontal apoyada en el reconocimiento mutuo de saberes y en el encuentro como personas. Visto lo precedente, puede concluirse que la construcción de relaciones horizontales y dialógicas en el contexto de las prácticas de extensión rural no sólo hace a un posicionamiento ético, sino también a la necesidad práctica de potenciar el impacto de las acciones. Indudablemente, incorporar aspectos vinculares resulta una tarea difícil para quienes sólo han recibido formación técnica. No obstante, el desafío vale la pena.

CONCLUSIONES

El presente trabajo se propuso aportar a las prácticas de extensión rural a partir del estudio y la reflexión sobre las relaciones que se establecen entre saberes locales y conocimientos técnicos en un estudio de caso realizado en el municipio de Misión Tacaaglé, ubicado en el noreste de la Argentina. Para alcanzar este fin, fueron descriptas y analizadas las diferencias y posibles complementariedades existentes entre los conocimientos que poseen extensionistas y campesinos, las reacciones y respuestas de estos últimos frente a los saberes de los primeros y las modalidades de transferencia e intercambio de conocimientos propias de las prácticas de extensión.

El proceso de descripción, reflexión y análisis realizado permitió arribar a una serie de

conclusiones. Primeramente, que extensionistas y campesinos no sólo cuentan con conocimientos diferentes sino que también éstos están estructurados y organizados a partir de distintas cosmovisiones que contienen intereses, prioridades, valores y medios de prueba disímiles. Así, si bien ambos conocimientos poseen amplias posibilidades de complementación, para lograr un intercambio enriquecedor es necesario superar múltiples escollos que surgen tanto de las diferencias existentes en su estructura y organización como de la asociación que existe entre los saberes que se poseen, las prácticas que se realizan y la propia autoestima. Finalmente, también se describieron y analizaron los espacios de circulación de saberes existentes entre extensionistas y pequeños productores en el municipio de Misión Tacaaglé así como los deseados, imaginados y esperados por estos últimos, encontrándose en las expectativas de los productores varios elementos de importancia para fortalecer las prácticas de extensión rural. Así, se observó una interesante coincidencia en torno a la relevancia de que las prácticas de extensión rural partan de las necesidades y problemas sentidos de los productores, valoren y tomen en cuenta sus saberes y que, a nivel interpersonal, establezcan relaciones dialógicas de reconocimiento y respeto.

En consecuencia, si bien los conocimientos técnicos del extensionista siguen siendo una condición necesaria de su función, también su pericia como educadores y sus habilidades y actitudes interpersonales quedan ubicadas en un primer plano. Así, resulta claro que los extensionistas, además de la formación técnica que reciben en las universidades, también requieren, para el ejercicio de su función, conocimientos en el área educativa y, muy especialmente, un conjunto de habilidades y capacidades interpersonales necesarias para generar vínculos horizontales y dialógicos.

En este sentido cabe señalar, como desafío, que si bien la idea del extensionista como ‘educador’ muchas veces ha sido mencionada y es tenida en cuenta, la cuestión de las habilidades interpersonales es una temática que ha sido escasamente abordada, lo que exige, de cara al

futuro, de un proceso ulterior de reflexión y debate en torno a cuáles son y, particularmente, a cómo pueden ser transmitidas.

LITERATURA CITADA

- Ayalew, W., King, J., Bruns, E. y Rischkowsky, B. (2003). **Economic evaluation of smallholder subsistence livestock production: lessons from an Ethiopian goat development program.** *Ecological Economics*, 45, 473-485.
- Chaves Alves, Â. (2005). **Conhecimento local e uso do solo: uma abordagem etnopedológica.** *Interciencia*, 30(9), 7-16.
- De Schutter, A. [basado en el trabajo de] (1982). **Extensión y capacitación rurales.** México: Trillas.
- Freire, P. (1973). **¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural.** Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gómez Espinoza, J. y Gómez González, J. (2006). **Saberes tradicionales agrícolas indígenas y campesinos: rescate, sistematización e incorporación a las IEAS.** *Ra Ximhai*, 2(1), 97-126.
- Landini, F. (2009). **Ingenieros extensionistas desde la mirada de los pequeños productores. Representaciones, expectativas y realidades.** Manuscrito presentado para su publicación.
- Medina, J. (1996). Introducción. En R. Cox Aranibar (Autor), **El saber local. Metodologías y técnicas participativas** (pp. 5-8). La Paz: NOGUB-COSUDE/CAF.
- Mora Delgado, J. (2008). Persistencia, conocimiento local y estrategias de vida en sociedades campesinas. **Revista de Estudios Sociales**, 29, 122-133.
- Mordo, C. (2001). Desarrollo local: los pueblos indígenas en la encrucijada. En D. Burin y A. Heras (Comps.), **Desarrollo local. Una respuesta a escala humana a la globalización** (pp. 257-299). Buenos Aires: CICCUS-La Crujía.
- Noriego Escalante, L. (2007). **La importancia de incluir perspectivas culturales y sociales en los procesos de desarrollo rural, como premisas para revalorar el saber tradicional.** *Ra Ximhai*, 3(2), 343-364.
- Núñez, J. (2004). **Los saberes campesinos: implicaciones para una educación rural.** *Investigación y Postgrado*, 29(2), 13-60.
- Patiño, J. (2000). **Prácticas y racionalidad productiva.** Estrategias de los Mazahuas de Ixtlahuaca. *Convergencia*, 7(22), 193-246.
- Sánchez Vidal, A. (1991). **Psicología comunitaria. Bases conceptuales y operativas, métodos de**

- intervención.** Barcelona: PPU.
- Schaller, N. (2006). **Extensión rural: ¿hacia dónde vamos?, ¿hacia dónde ir?** Informe técnico de la Estación Experimental Agropecuaria “El Colorado”. Serie: Extensión Rural. El Colorado, Formosa: Ediciones INTA.
- Soleri, D., Cleveland, D., Glasgow, G., Sweeney, S., Aragón Cuevas, F., Fuentes, M. y Ríos L., H. (2008). **Testing assumptions underlying economic research on transgenic food crops for third world farmers: evidence from Cuba, Guatemala and México.** *Ecological Economics*, 67(4), 667-682.
- Stage, O. y Rekve, P. (1998). **Food security and food self-sufficiency: the economic strategies of peasants in eastern Ethiopia.** *The European Journal of Development Research*, 10(1), 189-200.
- Tajfel, H. (1984). **Grupos humanos y categorías sociales. Estudios en psicología social.** Barcelona: Herder.
- Uzeda Vásquez, A. (2005). **The arabesque of local knowledge. Potatoes, farmers and technicians in highland Tiraque, Cochabamba, Bolivia.** Wageningen, Holanda: Wageningen University.
- Watzlawick, P., Beavin, J. y Jackson, P. (1971). **Teoría de la comunicación humana.** Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Fernando Landini**
Docente e investigador de la cátedra ‘Estrategias de Intervención Comunitaria’ de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Lic. en Psicología (UBA), magíster en Desarrollo Rural (Universidad Politécnica de Madrid) y magíster en Desarrollo Local (Universidad Internacional de Andalucía). Director del proyecto de investigación ‘Psicología comunitaria en el ámbito rural: factores psicosociales y desarrollo rural en población campesina’ (programa PROINPSI – Facultad de Psicología, UBA). Becario Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET)
- Sofía Murtagh**
Becaria Doctoral del CONICET. Lic. en Psicología (UBA). Docente investigadora de la cátedra de ‘Estrategias de Intervención Comunitaria’ de la Facultad de Psicología de la UBA.